



PARROQUIA BEATA MARÍA DE JESÚS

AÑO DE LA FE

Para vivir el Año de la Fe

(Circular núm. 2, Noviembre 2012)

Uno de los ejes, del Año de la fe, consiste en reflexionar sobre el contenido de las verdades que profesamos. Así debemos valorar, de un modo singular, la oración del **Credo, o símbolo de la Fe**. En la Liturgia de la Misa, especialmente los domingos, nos encontramos con dos posibilidades a elegir: uno, que se remonta a la época de los primeros cristianos: el símbolo apostólico y otro posterior, más desarrollado, el Credo de Nicea-Constantinopla (s. IV). Cuando decimos “**creo**” estamos expresando en una fórmula breve el contenido esencial de nuestra adhesión y confianza en el Señor. Esta “síntesis de fe”, o “profesión de fe”, se encuentra ya entre las primeras comunidades de fieles que vivían en Roma y en Corinto como recogen las cartas del apóstol S. Pablo (Rom 10, 9 y 1 Cor 15, 3-5). Por eso cada vez que en público o en privado, nosotros recitamos el “Credo” unimos nuestra plegaria, a todos los hermanos nuestros en la fe católica y estamos pidiendo ser “firmes en la fe” y renovar nuestro ser cristiano.

El credo es, pues, una oración, cuyo origen, se encuentra en el mandato de Cristo de bautizar y luego, se expresan en las celebraciones bautismales, donde los padres y padrinos, o si los catecúmenos son ya mayores, ellos mismos confiesan esta fe diciendo: **Creo en Dios Padre, Creo en Dios Hijo, Creo en Dios Espíritu Santo**. A lo largo de los siglos se fueron explicando esas verdades: y así junto a “**Dios Padre**”, se añadió que es “*Todopoderoso*”, es decir que todo lo que es posible, El puede hacerlo ya que “*todo es posible para Dios*”. Y entre otras muchas posibilidades decidió un día ser el “*creador de cielo y tierra*” y nosotros valoramos su obra, todo lo que hizo Dios es estupendo.

Al hablar del **Hijo**, de Jesucristo, se explica quién es: el “*único Hijo de Dios*” Padre, que al llegar el momento previsto, fue “*concebido por obra y gracia del Espíritu Santo*”, de una forma singular y milagrosa. Ese Hijo, que vivía junto al Padre desde toda la eternidad, aparece, en este mundo nuestro, a través de una mujer: “*nació de María la Virgen*”. Al final de su vida en la tierra, en la época histórica del mandato del gobernador Pilatos, sufrió diversos castigos: “*padeció*”, fue “*crucificado*”, “*muerto y sepultado*”. Durante la estancia de su cuerpo en el sepulcro, su alma humana, unida a su ser Hijo de Dios, fue a sacar las almas de los justos al “*seno de Abraham*” para

llevarlas al cielo, que es lo que afirmamos en “*descendió a los infiernos*” Y, luego, *menciona su resurrección y Ascensión a los cielos.*

“Creo en el Espíritu Santo”, afirmamos en la tercera parte, y como fruto de su presencia, entre nosotros, existe y existirá por los siglos, la “*Iglesia católica*” y es posible la “*Comunión de los santos*”. El mismo Espíritu, enviado y dado a los cristianos, hace realidad, que, a nosotros pecadores, nos llegue “*el perdón de los pecados*”. Y con su poder inmenso hará posible, para todos la “*resurrección de la carne*” y “*la vida eterna*”; pero la vida gloriosa, está reservada, sólo para aquellos que le sean fieles.